

Posición de Estados Unidos hacia Latinoamérica

A continuación se transcriben apartes del discurso pronunciado por Terence A. Todman, Secretario de Estado Adjunto para Asuntos Interamericanos, ante la Conferencia del Consejo de las Américas para Ejecutivos de Empresas, en Washington el 27 de junio de 1977.

* * *

Como representante del gobierno de los Estados Unidos, estoy constantemente observando el hecho de que las medidas oficiales del gobierno son sólo la parte superior de un témpano de hielo en la relación general entre este país y los pueblos de otras sociedades. La promesa del Presidente Carter de que el pueblo norteamericano participe en el proceso de formular la política exterior, refleja un reconocimiento de ese hecho.

Reconocemos que las medidas del gobierno tienen poco significado a menos que ellas reflejen, y estén respaldadas, por las actitudes públicas y las acciones privadas de los ciudadanos norteamericanos.

Esta dimensión no gubernamental es especialmente significativa en nuestras relaciones con la América Latina y con el Caribe.

Todos los años tiene lugar una migración mutua entre los Estados Unidos y las naciones de Sudamérica, Centroamérica, México y el Caribe. Varios millones de turistas norteamericanos de todas las esferas participan con sus colegas latinoamericanos, en programas de intercambio destinados a incrementar el entendimiento y la cooperación entre nuestras culturas. Por

su parte, muchas personas de los países latinoamericanos y del Caribe vienen a los Estados Unidos como turistas o estudiantes, en viaje de negocios o en busca de un lugar permanente para vivir o trabajar. Dentro de los Estados Unidos, el creciente tamaño e influencia de la comunidad hispánica de los Estados Unidos proveen todavía otro eslabón humano y cultural que une a las Américas.

Las relaciones comerciales son aún más penetrantes y están más profundamente arraigadas. En efecto, las actividades de las empresas norteamericanas son las que probablemente tienen el más amplio impacto de todos los tratos públicos o privados de los Estados Unidos con la América Latina.

La América Latina representa un enorme volumen del comercio de los Estados Unidos. Nuestras exportaciones e importaciones de la región se han más que triplicado en los últimos diez años, alcanzando una cifra anual combinada de 34.000 millones de dólares. Esto significa que la América Latina es nuestro tercer más grande socio de comercio después de Europa Occidental y Canadá. Van en mucho, más adelante en este respecto que ninguna otra área.

Estas estadísticas son impresionantes en sí mismas, pero detrás de ellas hay centenares de miles de transacciones individuales, cada una de las cuales deja una estela de relaciones e impresiones personales. En el aspecto de la inversión directa—donde la experiencia es fundamental— el impacto del sector privado de los Estados Unidos sobre las economías y sociedades latinoamericanas no sólo ha sido extenso, sino que se ha dejado sentir continua y profundamente. Los 20.000 millones de dólares de inversiones privadas norteamericanas en la América Latina, significan no sólo un interés muy real de los Estados Unidos en el progreso económico y el desarrollo institucional de la mayoría de los países, sino también un impacto humano sustancial en las vidas de cada uno y en las actitudes de los pueblos en que se efectúan las inversiones.

Nuestras intensas relaciones económicas y de personas han producido muchos problemas comunes y un interés creciente en su resolución. Los problemas económicos que afectan a las comunidades norteamericanas en primera instancia, tienen efec-

tos secundarios sobre el turismo del Caribe, por ejemplo, o sobre el mercado de los Estados Unidos para las exportaciones sudamericanas. Los problemas económicos de otras partes del Hemisferio, a su vez, con frecuencia se convierten en problemas migratorios para las comunidades norteamericanas. La pobreza y la desesperación se encuentran en ambos extremos de la red de tráfico de estupefacientes. Para bien o mal, nuestras vidas y las de nuestros vecinos de las Américas están profundamente entrelazadas.

La importancia de estas múltiples relaciones privadas para las relaciones generales de los Estados Unidos y la América Latina es aún mayor, cuando percibimos que no hay una amenaza militar para la región. El propio desarrollo de la América Latina y la disminución de los problemas de seguridad han llevado las relaciones económicas humanas al centro de las relaciones hemisféricas.

Las tareas del desarrollo van más allá de un estrecho interés propio. Todos nosotros, que hemos conocido las bienandanzas de la seguridad material y los logros económicos, tenemos una responsabilidad moral en impulsar el éxito de la campaña para el desarrollo de dos terceras partes del mundo. La pobreza extendida en gran parte del mundo es de importancia no sólo política y económica, sino también moral, para los Estados Unidos. Nuestra preocupación acerca de la brecha cada vez mayor entre los ricos y los pobres, nuestra propia posición como un consumidor de recursos muy abundantes y el deseo profundo del pueblo norteamericano de que nuestro país sea campeón de las aspiraciones y derechos humanos, hacen que sea imposible para nosotros permanecer al margen de esta gran lucha humana.

El reto al que las naciones industrializadas deben hacer frente sería mucho más simple —aun cuando más doloroso— si se tratase simplemente de redistribuir la existente riqueza mundial. Pero el proceso de desarrollo —como sugiere el terreno mismo— requiere que la economía de las naciones realmente logre desarrollarse en todo sentido —esto es, que logre crecer en capacidad institucional, en capacidad de rendimiento humano, en oportunidades para el desarrollo individual, y en productividad.

El logro de ese complejo objetivo requerirá no sólo de las energías y de los mejores talentos de las mismas sociedades en desarrollo, sino también de una substancial infusión de capital, tecnología y de conocimientos de fuera del mundo en desarrollo.

El gobierno de los Estados Unidos reconoce esa necesidad y se ha comprometido ayudar a satisfacerla. Pero la respuesta que este país haga a los retos del desarrollo dependen en mucho —y más en algunos aspectos vitales— en lo que ocurra tanto a través del sector privado como a través de las acciones del gobierno.

Muchas de las fuentes productoras del exterior que necesitan las economías en desarrollo —tecnologías industriales, conocimientos administrativos, posibilidades probadas de mercadeo— se encuentran no en manos del gobierno de los Estados Unidos, sino en las de la comunidad industrial norteamericana.

RECURSOS PARA EL DESARROLLO

Las contribuciones de los recursos para el desarrollo no pueden ser impuestas por los gobiernos —tanto los nuestros como los de ellos—. El gobierno de los Estados Unidos complementa las interacciones del sector privado, con programas de cooperación económica y con acuerdos especiales de comercio con los países en desarrollo. Sus gobiernos establecen las reglas y la atmósfera en que se desenvolverán las contribuciones de ustedes. No obstante, las decisiones vitales respecto a la participación de ustedes en el desarrollo —si se debe o no invertir y dónde; qué mercados buscar, y cómo; qué tecnología aplicar o desarrollar— debe y será hecha por el hombre de empresa a nivel individual.

En estos últimos años, el clima para estas decisiones no ha sido completamente propicio.

Aun cuando las condiciones han variado, desde luego, enormemente de país a país, ha habido una tendencia hacia una expansión de las actividades del sector público, a menudo en detrimento tanto del inversionista y del hombre de empresa local como del inversionista extranjero privado.

Considero que este clima está cambiando para lo mejor. El nacionalismo económico está disminuyendo. Se viene reemplazando con una nueva conciencia de la fragilidad del proceso y de las importantes aportaciones que pueden hacer las firmas extranjeras. Existe una nueva conciencia de que las sociedades en desarrollo pueden todavía beneficiarse grandemente, de las actitudes y hábitos de operación que han hecho de la empresa mercantil norteamericana una institución tan lucrativa. La búsqueda pragmática e imaginativa de soluciones a los problemas de producción y mercado; un sentido de optimismo y perspectiva histórica; un sentido de que el esfuerzo individual puede ser gratificador, tanto personalmente como socialmente: estas cosas no se pueden adquirir plenamente de libros, como tampoco transferirse por medio de una donación pública. Pueden tan solo llegar a ser hábitos a través de la imitación y la experiencia.

Debido a que la comunidad de las corporaciones posee tanto de los haberes tangibles e intangibles que el proceso del desarrollo requiere, los empresarios norteamericanos tienen la oportunidad de desempeñar una función de iniciativa y creación substancial, para traducir las aspiraciones del desarrollo en relaciones prácticas. La empresa mercantil norteamericana, con sus inmensos recursos y su miriada de decisiones diarias, puede tomar la posición directiva en lo que respecta a proyectar actitudes y el tipo de conducta que habrá de colocar a esta nación firmemente al lado del progreso, de la equidad y la dignidad humanas, al encarar la exigencia del desarrollo.

Los empresarios pueden y deben tomarse la iniciativa en la forja de relaciones constructivas con los gobiernos de las sociedades receptoras. Estos últimos decenios han visto patrones cambiantes y ajustes difíciles, tanto en la empresa mercantil como en los gobiernos. Sería temerario pretender que la relación de inversionista y receptor, en el contexto de las desigualdades globales, estará alguna vez exenta de fricción...

La comunidad de hombres de negocios de los Estados Unidos encontrará que este gobierno y esta administración comprenden y apoyan el papel constructivo del empresario norteamericano, en el desarrollo económico y en la conducción de los ideales norteamericanos.

Haremos lo que podamos, como el Presidente Carter ha prometido, para ayudar a evitar las diferencias e incomprensiones con los gobiernos de otros países, que surjan como resultado de las actividades de las empresas de los Estados Unidos.

Buscaremos los medios por los cuales el gobierno pueda atraer la atención hacia nuevas oportunidades para las empresas de los Estados Unidos, a fin de que participen en actividades lucrativas que contribuyan al desarrollo económico y social en la América Latina.

Continuaremos abogando por un comercio más libre entre las naciones, de modo que en las actividades de exportación e importación, ustedes encuentren las menores restricciones posibles.